

Índice de los Artículos	Página
Jonás, 4ª parte	1
¿Cuál es Su Nombre? Jehová-tsidqenú	3
Verdad de la Iglesia: el Cuerpo de Cristo	6
Sucedió en Betania, 3ª parte	9
El Creyente Modelo en la Casa de Dios	10

1. Fue ENVIADO
2. Fue SÚBITO
3. Fue SEVERO
4. Fue SELECTIVO
5. Fue SILENCIADO

Fue ENVIADO

"Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar...". El Señor "sopló" sobre los planes de Jonás. Él "lanzó" o "arrojó" una sorpresiva corriente en el mar, para que el barco que transportaba a Jonás se sacudiera violentamente. En 1 Samuel 18:11, el rey Saúl "arrojó" una jabalina a David para traspasarlo. Esa es la palabra aquí. Este poderoso torbellino fue "arrojado" desde el cielo, y oponiéndose al profeta errante, se precipitó hacia su lugar designado. Estalló un lugar en el mar, porque ahí era donde estaba Jonás. "Y Jonás..." en el versículo 3 ahora se topó con "Pero Jehová..." en el versículo 4.

Jonás discernió rápidamente el origen y el objetivo de la tormenta. Él conocía el método de castigo de Jehová con un Israel desobediente (ver Jueces 3:12; 4:1, 2; 6:1-2; 1 Reyes 17:1). También entendía la forma de Dios en el viento (Ex. 15:10; Num. 11:31; Sal. 107:25, etc.). Por lo tanto, él sabía que la presa del remolino presente no era otro que él mismo. Él era culpable; él debía ir. Ni el navío ni la tripulación, por más fuertes o expertos, podían resistir al Dios Todopoderoso.

La desobediencia todavía genera tormentas auto-infligidas. Los cristianos no pueden hacer lo que quieran. Vientos de corrección de diversos grados y formas frecuentemente azotan a los santos que desobedecen a Dios.

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

Jonás, 4ª Parte

Steve Walvatne

El Torbellino

"Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave" (v. 4).

Anteriormente observamos la hostilidad de Jonás hacia los infieles de Nínive. Él se horrorizó ante la idea de testificar a uno de los enemigos jurados de Israel, y Jonás 4:2 nos dice por qué. El profeta sospechaba que Dios perdonaría a sus habitantes y esa posibilidad le era repugnante. Somos propensos a desdeñar la mentalidad de Jonás, hasta que transportamos su forma de pensar a los tiempos modernos como lo hace James Boice en su libro, Los Profetas Menores. Él escribe, "Imagínese la palabra del Señor llegando a un judío que viviera en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial, diciéndole que vaya a Berlín a predicar a la Alemania nazi, y en vez de hacer esto, se va a San Francisco y toma un barco a Hong Kong". Diciéndolo así, podemos entender mejor la actitud y las acciones de Jonás.

Sin embargo, reiteramos que los siervos de Dios no tienen la libertad de cuestionar las prerrogativas divinas. Si lo hacen, cesa el servicio. "Jonás... estaba pensando en su propia posición, su propia importancia, en su propia dignidad y carácter como profeta, olvidando que él era el profeta de Dios" (J. A. v. Poseck: El Tesoro de la Biblia, v. 17). El Señor soportó la insubordinación de Jonás por un tiempo, y luego misericordiosamente intervino. Un torbellino ("turbulencia" o "remolino") envolvió la embarcación que acomodó a Jonás, terminando así su huida rebelde. Al ponderar este torbellino, veremos que

Pero vienen con amor: *“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”* (Heb. 12:6). Si no llegan, dejando nuestra rebelión sin restricción, entonces tenemos razones para verificar la validez de nuestra fe. Y “cuanto más cercana sea [nuestra] relación con [Dios], más rápidos e inmediatos deben ser siempre los destellos del resentimiento divino... cuando [nos] atrevemos a resistir las demandas de la autoridad divina” (Patrick Fairbairn: *Jonás: Su Vida, Carácter y Misión*). Con una mayor responsabilidad viene una mayor rendición de cuentas. *“Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación [juicio]”* (Stgo. 3:1).

Fue SÚBITO

“Hizo levantar...”. El torbellino “arrojado” fue sobre Jonás. El versículo 13 sugiere que el barco estaba cerca de la costa, tal vez no muy lejos del puerto. “La intención del narrador inspirado”, escribe Douglas Stuart, “probablemente fue sugerir que los eventos descritos en los versículos 4-16 ocurrieron poco después de que Jonás abordó el barco” (Comentario Bíblico de la Palabra, v. 31). Si la tripulación hubiera tenido cualquier indicio de que una tormenta tan destructiva se alzaba, entonces seguramente sus planes hubieran cambiando. Pero “estalló” sobre ellos, produciendo un gran temor. El juicio, dice Isaías, es una extraña obra de Dios (28:21), no algo en lo que Él se deleita. Sin embargo, si alguno desprecia Su espíritu “paciente” (2 Ped. 3:9), entonces el juicio vendrá rápidamente. “El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina” (Prov. 29:1). Los hombres pueden burlarse, preguntándose, *“¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”* (2 Ped. 3:4), pero la respuesta inmutable de la Escritura es *“El que ha de venir vendrá, y no tardará”* (Heb. 10:37).

Hoy en día, el principal interés de nuestro Señor está con los que se congregan en el carácter de la “casa de Dios” (1 Tim. 3:15). Ahí es donde especialmente se cierra Su juicio. “Nuestro Dios Padre no pasa por alto las fallas de Su pueblo, sino que los disciplina con el fin de que sean cuidadosos en su andar en obediencia a Su Palabra” (H.A. Ironside: Santiago, 1&2 de Pedro). Esa disciplina, por su misma naturaleza, con frecuencia atrapa desprevenido al santo errante, por lo que sirve como una “llamada de atención”. *“Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?”* (1 Ped. 4:18). *“¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”* (Heb. 10:31).

Fue SEVERO

“...Un gran viento en el mar...en el mar una tempestad tan grande...que se partiría la nave”. ¡Qué terrible tormenta! ¡Los marineros temblando! ¡El barco gimiendo! Todo parecía perdido. Dos veces en el lapso del versículo 4, el adjetivo hebreo “gadol” describe la ira de la tormenta. Hubo un “GRAN” viento – una tempestad “TAN GRANDE”. “Gadol” es frecuente en Jonás, donde se traduce como “gran” (1:2, 4, 12, 16, 17; 3:2), “grande” (3:3), “mayor” (3:5), “tan grande” (1:4), “en extremo” (4:1), “grandemente” (4:6), y “grandes” (3:7) en nuestra versión Reina Valera. Aquí se enfatiza la intensidad, como está ilustrado en el Salmo 107: *“Porque hablé, e hizo levantar un viento tempestuoso, que encrespa sus ondas. Suben [los pasajeros] a los cielos, descienden a los abismos; sus almas se derriten con el mal. Tiemblan y titubean como ebrios, y toda su ciencia es inútil”* (v. 25-27).

Cada creyente ha conocido personalmente la turbulencia espiritual que trae la convicción de pecado. “Que cada hombre sea vivificado a la verdad de que el final de una vida de pecado es el infierno... y no será de extrañar si se va a la cama sin cenar, pasa la noche en vela, no en un tranquilo sueño, sino en temor y temblor, dando vueltas y gimiendo, en oración y llanto” (George Cutting: *Luz para las Almas Ansiosas*). Esa turbulencia interna transforma para siempre a aquellos que encuentran la paz en Cristo. Lamentablemente, mucho de lo que pasa como conversión en nuestros días, carece de esta experiencia que cambia la vida. Las multitudes se aferran a afirmaciones falsas, ya que nunca reconocieron su condición perdida.

Pero los creyentes son diferentes. Ellos gozan de *“la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”* (Fil. 4:7) y son bendecidos con “toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3). Sin embargo, al igual que Jonás, pueden desviarse, atrayendo a veces sobre sí mismos los vientos correctivos del Señor. “Es una gran misericordia ser vueltos a Dios por la tribulación, aunque sea tempestuosa en especie o grado” (R. Waldo Sibthorp: *Sermones en el Libro de Jonás*).

Fue SELECTIVA

“...Se partiría la nave”. ¿Este torbellino afectó principalmente al barco de Jonás? Es posible. “Esa nave y no otra”, escribió Matthew Henry, “...fue zarandeada más que cualquier otra y estaba más en peligro”. George Youg coincide, diciendo, “La tempestad se dirigió específicamente contra el navío que llevaba a Jonás... aquí la tormenta descargó toda su furia; aquí se concentró la fuerza de los vientos” (Sermones en el Libro de Jonás). Y Douglas Stuart dice que Jehová “arrojó el viento en el mar alrededor de la nave”.

Algo similar sucedió en Hechos 16, donde un “gran terremoto” sacudió los cimientos de una cárcel (v. 23-34). No se sabe si estas calamidades enviadas por el cielo afectaron las áreas a su alrededor. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que abordaron a personas específicas, finalizando sus obstinadas ambiciones. *“Truena Dios maravillosamente con su voz; Él hace grandes cosas, que nosotros no entendemos. Unas veces por azote, otras por causa de su tierra, otras por misericordia las hará venir”* (Job 37:5, 13).

La mayor tormenta que jamás ocurrió fue en el Calvario, y fue más selectiva. La oscuridad descendió y una tempestad de magnitud infinita cayó sobre el Señor Jesús. *“Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”* (Sal. 42:7). “Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado” (Sal. 69:2). En esa noche, el Señor Jesús sufrió “el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18). *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Cor. 5:21).

Solo en la cruz Él colgó
Para que a otros pudiera salvar;
Abandonado entonces por Dios y el hombre,
Solo, Su vida Él dio.
Solo, solo, Él llevó todo solo;
Se dio a Sí mismo para salvar a los suyos,
Él sufrió, sangró y murió, solo, solo.

Ben H. Price

Fue SILENCIADA

“...Y el mar se aquietó de su furor” (v.15). Este milagro es similar al que está registrado en Mateo 8:26-27, donde el Salvador calmó una terrible tempestad en el Mar de Galilea, haciendo que Sus discípulos se maravillaran y dijeran *“¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?”* Leemos aquí que el mar se iba *“embraveciendo más y más”* (v. 11, 13). Se enfurecía y aumentaba en furia. Pero Él que “arrojó” la tormenta, la silenció, en el preciso momento en que Jonás fue echado a las aguas. Con el rumbo contrario de Jonás detenido, la tormenta había cumplido su propósito. “Su objetivo había sido logrado y no tenía nada más que hacer: aquí había terminado su comisión” (George Young).

Una vez más, volvemos al Calvario y reflexionamos en la indescriptible tempestad que se calmó ahí. **“Consumado es”** (Jn. 19:30), fue el grito del Cristo conquistador cuando las olas del juicio divino fueron completamente calmadas. Al instante, todas las olas de las profundidades (Sal. 88:6) cesaron sus bramidos para

siempre. Los individuos que encuentran refugio en Cristo y en Su obra consumada nunca perecerán, porque están eternamente protegidos. Pero, ¡ay de aquellos que rechazan esta gran obra! – *“...irán éstos al castigo eterno”* (Mat. 25:46).

Quizá algún lector se tambalea hoy por una tormenta en su vida. Tenga ánimo, porque ningún conflicto se oculta de Dios, ni está más allá de Su poder para calmarlo. Si su propósito es restaurativo (y no todo los vientos malos lo son, 1 Pedro 3:14), entonces usted puede ser como Jonás, apropie el pecado y rinda su alma a la mano misericordiosa de Dios. Su camino no es sin dolor, pero es perfecto (Salmo 18:30), y es enviada para nuestro beneficio. El torbellino que se descubre en Jonás fue indudablemente una bendición disfrazada. Que todos nosotros seamos ejercitados acerca de estas cosas.

Nuestras pruebas actuales son para probar nuestro carácter, perfeccionar nuestras gracias, y a nosotros para el uso del Maestro. Por medio de la prueba quitamos la escoria, adquirimos solidez, y tomamos la impresión de la imagen de Dios.

¿Cuál es Su Nombre? Jehová-tsidqenú

Joel Portman

El llamado de Jeremías por Dios a profetizar a la nación de Judá no era un llamado a una tarea fácil, y él reconoció las dificultades de ella antes de que comenzara su ministerio (Jer. 1:4-8). Al igual que Moisés (Ex. 3:11, 13; 4:1, 10), él se quejó de su incapacidad personal para llevar a cabo esta importante función, y más tarde en su ministerio, de nuevo se quejó sobre las experiencias que estaban involucradas en su servicio para Dios (Jer. 20:7-18). Dentro de una nación que se había hundido a un bajo nivel, religioso, espiritual, moral y socialmente, él cumplió fielmente sus responsabilidades, predicando repetidamente a una nación que estaba en la cúspide de la deportación bajo el juicio de Dios. Afortunadamente, cumplió ese ministerio, aún continuando las protestas contra su pecaminosidad y apartamiento del Señor, ya que estaban decididos a ir a Egipto (Jer. 42).

Judá había sido una nación justa, pero ese ya no era más el caso. Isaías habló de Dios llamando a un hombre justo del oriente (Is. 41:2), pero ese era Ciro, rey de Persia, y no Judá. Prov. 14:34, *“La justicia engrandece a la nación;*

mas el pecado es afrenta de las naciones". La nación estaba caracterizada por la violencia (Jer. 20:8, Ez. 7:23, 8:17, etc.), el robo y la extorsión (Ez. 22:12), la opresión del pueblo por reyes y príncipes (Is. 5:7, 59:13, Ez. 22:6-7,29), y el mal que reinaba en todas partes. Era un tiempo muy difícil para un hombre piadoso como Jeremías, junto con otros de carácter similar, pero su mensaje contenía la solución para la liberación del peligro inminente. Era regresar a los principios que Dios había establecido desde el principio, responder al llamado de Dios a la nación a "*hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios*" Miqueas 6:8).

Estos principios que definen lo que Dios desea para Su pueblo (y para todas las naciones) nunca han cambiado y nunca lo harán. Estos son los principios que deben prevalecer en la vida de cada creyente y en las acciones y decisiones de las asambleas en todo momento. "*Jehová es justo y ama la justicia*", leemos en el Sal. 11:7, y cuando hay un apartamiento de estos principios por cualquier persona, es un deshonor a Su carácter y persona.

Es evidente que la nación se estaba degenerando, el reino se había corrompido, y el juicio de Dios estaba a punto de salir a escena, esperando ser realizado de acuerdo a Su promesa. "Con la muerte de Josías, el último de los reyes piadosos, los días de gracia de Judá habían llegado a su fin" (L. Strauss, La Divinidad). "La historia de los Jueces parece repetirse aquí. Jehová en su bondad y paciencia levantó reyes piadosos y devotos para suceder a los reyes injustos y malvados, pero no pudo detener su tendencia a decaer" (N. Stone, Nombres de Dios). A pesar de las repetidas advertencias de los profetas de Dios a quienes Él levantó a la nación en Su misericordia, ellos se burlaron, ignoraron y despreciaron a estos hombres fieles.

Aprendemos que el rechazo o el incumplimiento de la Palabra y las advertencias de Dios siempre traerán como resultado el juicio de Dios, y no Su bendición. En medio de estas condiciones, leemos en Jer. 23:5-6 de lo que Dios estaba anticipando y lo que Él desea ver. "*He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra*". Ese título de Jehová es una traducción de "Jehová-tsidqenú". Sabiendo que las personas que fallan nunca cumplirían esa condición, Él habla de Aquél que, en perfecta justicia, cumpliría Sus deseos y realizaría Sus propósitos, y que, como resultado, establecería la justicia en la tierra. Tal condición no será realizada en todo el mundo hasta que sea levantado a David el "Renuevo Justo", un verdadero Hijo de David, que salvará a Israel y traerá paz y seguridad. El mundo busca tal

hombre, aunque cuando lo hacen no están pensando en nuestro bendito Señor. Los creyentes lo conocen y buscan Su venida para cumplir Su propósito, e Israel nunca conocerá la paz y seguridad hasta que Él regrese y sea reconocido en Su legítima autoridad.

La Justicia Definida

La justicia deriva su estándar y carácter de Dios. El hombre nunca es perfectamente justo, aún el mejor de ellos, a pesar de que podría tratar de alcanzar un nivel alto, buscando hacer siempre lo que es correcto sin importar las circunstancias o resultados. Dios es, por Su naturaleza, justo, no sólo en un grado que supera con creces nuestra justicia, sino de un carácter completamente diferente. Porque Él es santo en Su persona, perfectamente sabio en Sus decisiones, y se mueve sin considerar las opiniones o los estándares del hombre, sino sólo en relación a Sí mismo, Él es completamente capaz de manifestar justicia en todo lo que hace. El Salmo 11:7 declara, "*Porque Jehová es justo, y ama la justicia; el hombre recto mirará su rostro*". De nuevo, el Sal. 7:9 dice, "*Fenezca ahora la maldad de los inicuos, mas establece tú al justo; porque el Dios justo prueba la mente y el corazón*". Jeremías habla de Dios en 12:1, "*Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo; sin embargo, alegraré mi causa ante ti. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?*" La Escritura abunda en referencias a la justicia de Dios en todo lo que Él es y hace. Aún el malvado rey, Faraón, reconoció "*Jehová es justo*" (Ex. 9:27), pero no pudo responder a ese estándar de justicia en sus propias decisiones.

"La palabra "tsidqenú" se deriva de "tsedeq" – justicia. Significó originalmente ser firme o recto". (N. Stone, Nombres de Dios). Su derivación inmediata es del significado "justicia, rectitud, lo que es recto o justo" (BDB). Obviamente, tal como se aplica a Dios, es un estándar de justicia que es absoluto y del que no puede desviarse en ninguno de Sus actos. Cuando los hombres justifican a Dios, están reconociendo Su justicia (Luc. 7:29), ya que están declarando que Él es justo en todo acto.

Esta palabra se encuentra aplicada de diversas formas en la Biblia. Se encuentra con respecto a las relaciones entre los hombres. Éstos deben ser justos en todo lo que hacen (Lev. 19:35, 36), y esto debe ser cierto para todos, especialmente en los cristianos. También se utiliza para determinar los juicios de aquellos que tienen autoridad, como en Deut. 16:18, Is. 5:23, y esto también debe caracterizar también a los creyentes individualmente o en los juicios de la asamblea. Podemos actuar hacia otros injustamente cuando hacemos juicio de su carácter o acciones sin conocer la verdad absoluta o si no buscamos

verificar la verdad de un asunto antes de reaccionar.

Esta palabra también se utiliza para describir las responsabilidades hacia Dios ya sean religiosas o espirituales. Israel no dio a Dios lo que se le debía y lo que deseaba recibir de ellos, al no reconocer Su grandeza y autoridad. El Señor les pidió ofrecer sacrificios de justicia, y no pudieron dar a Jehová lo que Él debía recibir de todos los hombres (Sal. 4:5, 51:17-19). Esto fue el resultado de su propia injusticia y manifestó su falta de respeto por el lugar de Jehová en medio de ellos.

L. Strauss dice que “Antes del siglo dieciséis, nuestra palabra justicia significaba “alguien que es como debe ser”. Cuando Adán salió de la mano de Dios, él era como debía ser, y no había pecado en él.... pero cuando cayó en el pecado ya no fue más como debía ser. Él ya no era ‘justo’, sino que se volvió ‘injusto’”. “Ahora, ante los ojos de Dios, sólo Uno es justo, el Señor Jesucristo. Sólo Él es lo que debe ser, y por lo tanto sólo de Él pudo decir el Padre, *“Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mat. 3:17).

La Justicia Declarada

Sólo Aquél que era perfectamente justo con la capacidad de actuar de parte de Dios puede satisfacer estos requerimientos, para que por medio de Su obra perfecta los injustos pudieran ser declarados justos por Dios. Esto nos lleva a nuestro Señor Jesucristo, quien cumplió todos los requisitos de Dios de nuestra parte. Siendo injustos en nosotros mismos, nadie podía dar a Dios el rescate por su propia alma, ni redimir a su hermano (Sal. 49:7). Sólo podemos asumir lo que será la confesión futura del remanente arrepentido de Israel expresado en Is. 64:6, anhelando la liberación de Dios, sin embargo reconociendo su propia injusticia que les impide encontrar a Dios en sus pecados. *“Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia...”* Por desgracia, este no es el fundamento que la mayoría tomará entonces, ni es la posición de la mayoría de las personas hoy en día. Los hombres buscan declarar su propia justicia, como Pablo dice en Rom. 10:3, *“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios”*.

La ley claramente no podía hacer justo a un pecador. Tiene la capacidad de parte de Dios para condenar toda injusticia en los hombres, como en Rom. 3:19, *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”*. Y sin embargo fue en la ley y los profetas que Dios declaró Su justicia para perdonar y justificar al culpable, pero sólo en el fundamento de la obra satisfactoria de Cristo, expresando en el culpable una

justicia que es aparte de la ley por completo (Rom. 3:21-24). Esa obra declaró la justicia de Dios, pasando por alto los pecados de aquellos bajo la ley (Rom. 3:25). La justicia de Dios se manifiesta y se confirma en Cristo, al proveer para Él un fundamento perfectamente justo sobre el cual Él puede limpiar al culpable y justificar al condenado. Él es ese Justo (Rom. 5:18-19) que en obediencia a Dios realizó una obra justa en la cruz para proveer “justificación de vida”. Es a través de Su obra en la cruz que los pecadores injustos pueden ser declarados justos. Es un error pensar que hay una imputación de justicia a los hombres basada en la vida justa de Cristo. Los creyentes no derivan ningún valor de Su vida; como ha sido enseñado por otros, nuestra relación con Cristo se encuentra en la cruz, aunque Su vida perfecta demostró a nuestro Señor ser el Idóneo que podía, como el Cordero de Dios, *“quitar el pecado del mundo”* (Juan 1:29).

La enseñanza que una iglesia puede proponer a otros de que hay una cantidad de mérito derivado de la vida y muerte en Cristo en toda su pureza y santidad (así como en la de María y otros santos) es una falacia total. Esto puede ser llamado “El Tesoro de la Iglesia”, pero realmente es contrario a las Escrituras de verdad. Lo único que tiene la capacidad para justificar al culpable es la obra justa de Cristo en la cruz.

Tampoco el pecador es “hecho” justo, sino más bien, en un sentido legal, él es “imputado o reconocido justo” ante Dios. Esto no es una justicia que se alcanza por los propios actos de justicia del hombre o por sus intentos por obtenerla, sino que es la declaración de Dios para los que creen en Jesús (Rom. 3:26, 4:5, 10:10). Está disponible para todos (Rom. 3:22), pero sólo es disfrutada por aquellos que la reciben por la fe sola. Es el bendito privilegio de todo el que es salvo el ser “justificado gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom. 3:24).

Fue sólo en la obra de la cruz de Cristo que puede mantenerse el estándar santo y justo de Dios (Rom. 3:22, 25-26) y declarar, o demostrar, justo a Dios, no sólo en la justificación de los pecadores en el presente, sino también al pasar por alto los pecados cometidos bajo la dispensación de la ley (Rom. 3:25), que fueron perdonados (Lev. 4:20, 26, 31, 35) en base a los sacrificios del culpable, que anticipaban la obra de Cristo para consumarlos. Nos deleitamos en la rica bendición de ser encontrados delante de Dios totalmente justificados de toda culpa y limpiados de todo pecado (1 Jn. 1:7).

“Hecha está la obra que salva,
Hecha una vez y para siempre;
Consumada la justicia,
Que cubre al injusto.

El amor que nos bendice
A nosotros fluye libremente ahora”.

Horatius Bonar

La Justicia Mostrada

El resultado de haber sido justificados gratuitamente en Cristo es que los beneficiarios deben mostrar justicia práctica en sus vidas. Ellos deben vivir vidas santas, libres de la constante práctica del pecado. Juan declara (1 Jn. 3:7) *“Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo”*. Nuevamente en Ef. 5:9, Pablo dice, *“porque el fruto del Espíritu (o luz) es en toda bondad, justicia y verdad”*. La Palabra de Dios condena cualquier idea de que un cristiano puede o viviría una vida de injusticia. Es contraria al carácter de Dios, al resultado del nuevo nacimiento, a la presencia interior del Espíritu Santo, y a los resultados que produce en la vida de alguien el estudio de la Palabra de Dios. Alguien que practica la injusticia no es nacido de Dios, de acuerdo con la declaración de Juan (1 Jn. 3:10). Es el ejercicio de todo genuino hijo de Dios el vivir vidas santas que muestren justicia práctica ante los demás y ante Dios (Rom. 12:1-2; Ef. 1:4; 1 Ped. 1:16). Que continuemos manteniendo esa enseñanza y manifestando su realidad en nuestras vidas para Su honra hasta que Él venga.

La Justicia Recompensada

Las Escrituras nos hacen darnos cuenta de que habrá una recompensa por una vida justa en el Tribunal de Cristo. No vivimos así con el fin de obtener la recompensa, pero el Señor recompensará a todos los que han sido ejercitados de esta manera. Leemos de una “corona de justicia” que Pablo anticipaba recibir junto con todos los demás que aman Su venida (2 Tim. 4:8). Los que verdaderamente aman Su venida son los que tratan de conformar sus vidas a Su propósito, mientras anticipan con anhelo ese momento de Su regreso. Esa es una corona incorruptible (1 Cor. 9:25) para aquellos que mantienen control sobre sí mismos y el cuerpo, con el fin de honrar a su Señor y no ser descalificados por ignorar o romper las reglas (1 Cor. 9:27). Leemos que *“la gracia de Dios... enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”* (Tit. 2:11-14).

Así que Aquél que Jeremías vio a la distancia es el mismo que ha venido para ser “nuestra justicia” (1 Cor. 1:30), y lo que nosotros disfrutamos actualmente como

justificados, será finalmente conocido de forma universal cuando Él venga y establezca la justicia en la tierra. ¡Qué día será ese!

“Él descenderá como lluvia
Sobre la tierra fecunda;
Y amor, gozo, esperanza, como flores,
Nacen brotando a Su paso;
Delante de Él en las montañas
Irá el heraldo anunciando paz
Y la justicia en manantiales
Fluye desde la cumbre hasta el valle.

James Montgomery

Si de verdad estamos creciendo en la gracia, cada día sentiremos más y más nuestra necesidad de Cristo; y necesitaremos más de Cristo cada día, hasta que al final sea, “Yo soy nada, Cristo es todo”.

Verdad de la Iglesia: el Cuerpo de Cristo

W. Fisher Hunter

“Vosotros sois (el) cuerpo de Cristo” 1 Cor. 12:27

De las muchas figuras utilizadas para expresar lo que es la Iglesia, ninguna muestra la grandeza de la bendición de Dios al creyente en este tiempo como lo hace ésta. Cuando Saulo de Tarso asolaba la Iglesia nuestro Señor mostró Su identidad, unión y unidad con ella por Sus palabras *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”* (Hechos 9:4). Esta unión se ve en, y está ilustrada por la relación matrimonial. Cuando Dios hizo a la mujer y la trajo a Adán para ser su esposa los dos se convirtieron en una carne – y Dios llamó su nombre Adán, no Adanes. Lo mismo es cierto de la Iglesia –el cuerpo de Cristo y Cristo –juntos son llamados *“el Cristo”*. *“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también [el] Cristo”* (1 Cor. 12:12).

I. Su Unidad

Esta es una característica prominente del cuerpo (tanto universal como local) *“Un cuerpo”* (Ef. 4:4; Rom. 12:5; Col. 3:15). Caifás profetizó esta unidad cuando dijo, *“Que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la*

nación, sino también para congregarse en uno a los hijos de Dios” (Juan 11:51,52). Nuestro Salvador oró por ella, (Juan 17:11-21). Esta unidad se realizó el día de Pentecostés “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Cor. 12:13). Lo fue cuando los creyentes estuvieron unidos entre sí, y en conjunto unidos con Cristo en el cielo; convirtiéndose así en Su cuerpo, y Él es la cabeza. El Espíritu Santo es el vínculo de conexión en todos los sentidos, no la fe como algunos suponen.

Israel como una nación compuesta por doce tribus era un solo reino. En el curso del tiempo se dividió, convirtiéndose en dos reinos. Nunca en el sentido práctico fueron uno de nuevo. No obstante, su unicidad se veía constantemente en el Templo por los doce panes (cada pan representaba una tribu) que estaban siempre juntos en la mesa del pan de la proposición. Justo así la unidad de una asamblea se declara constantemente en la Cena del Señor por medio de un pan sobre la mesa. “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Cor. 10:16-17). Una negación de esta unicidad se ve en las innumerables sectas y denominaciones de la Cristiandad que se hacen llamar cuerpos de cristianos.

Peligro de la Falsa Unidad

El deseo de la unidad parece inherente a todo cristiano. Esto es algo bueno, pero tiene dificultades y peligros. Al unirse, por lo general tienen que hacerse mutuas concesiones. El peligro está en conseguir unidad a expensas de hacer a un lado la verdad y ser indiferente a la santidad práctica. Este tipo de unidad, así llamada, se lleva a cabo con facilidad y es muy evidente hoy en día; porque no prueba la conciencia de nadie y permite hacer la voluntad de todos. Este tipo de unidad es tanto más peligrosa porque está relacionada con la verdad de un solo cuerpo; y ya que parece estar asociada con un verdadero deseo del bien de todo el pueblo de Dios, por lo tanto es convincente; entonces, todo lo que no está con ella debe ser calificado como estrecho, rígido o sectario.

Nuestra responsabilidad no es hacer una unidad, sino más bien manifestar la que ya se hizo. Efesios 4:2. Esto puede hacerse congregándose sólo a Cristo. “Salgamos pues a Él fuera del campamento” (Heb. 13:13). “Donde hay dos o tres congregados en (a) mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). Así, rechazando todos los nombres, credos y barreras que ayudan a dividir al pueblo de Dios. En Cristo solo hay suficiente para atraer, congregarse y mantener unido al pueblo de Dios. Otra forma de

manifestar esta unidad es abrazando en nuestros afectos a todo hijo de Dios, y recibiendo, en una forma piadosa, bíblica, a la comunión de la asamblea local a todos los que dan evidencia que han nacido de nuevo y que no están excluidos bíblicamente a causa de maldad moral (1 Cor. 5:11), error doctrinal (1 Tim. 1:19, 20), o asociación voluntaria con tal como se menciona en 2 Juan versículo 10.

II. Su Membresía

Esto puede verse de los siguientes pasajes de las Escrituras, “Vosotros, pues, sois (el) cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. “Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso” (1 Cor. 12:18, 27). Qué privilegiado es el hijo de Dios, su cuerpo es un miembro de Cristo (1 Cor. 6) y él mismo es un miembro del cuerpo de Cristo y de la asamblea local. Cuando esta bendición es asida por él, qué fácil se vuelve rechazar otras membresías inferiores que no son bíblicas. La idea de ser miembro de una iglesia en el sentido de la organización, sea denominación, misión, reunión o congregación, no se encuentra en la Escritura. Qué reproche es esto a las iglesias del mundo cuya gloria principal está en el número de miembros y cuyo propósito continuo es aumentarlo. El incremento normalmente es conseguido a expensas de hacer a un lado la verdad y la piedad.

Este espíritu de querer ser grande está encontrando una entrada entre algunas de las asambleas de Dios, y se han convertido como el antiguo Israel que quería ser como las naciones vecinas. Ellos tenían la idea que el poder está en la cantidad. Con el mundo lo es, pero, en las cosas espirituales, el poder radica en la calidad. El resultado del deseo de ser grande puede llevar a acomodar métodos mundanos para hacer profesiones, junto con hacer a un lado la verdad de la recepción, o en rebajar el estándar de los que están siendo recibidos.

En la composición está la variedad. No en el sentido sexual, racial o social, porque leemos que en el cuerpo, “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal. 3:28). La variedad que se encuentra en el cuerpo está en el oficio o en el don, como puede verse en los siguientes pasajes de las Escrituras: “Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función: así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo” (Rom. 12:4,5). “Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?” Además, leemos de miembros “débiles” y “menos dignos” (1 Cor. 12:22, 23). Fallar en ver esto y reconocerlo ha hecho mucho daño a la Iglesia. Muchos parecen creer que todo

miembro debe ver, actuar y sentir igual. No hay gemelos en la familia de Dios. Los corintios fueron culpables de esto – por lo que el apóstol dice, ¿son todos apóstoles?, ¿son todos maestros?, etc. (1 Cor. 12:29). Por supuesto que no, hay variedad: que todos reconozcamos esto en los miembros puestos en el cuerpo de Cristo por la sabiduría y voluntad soberana de Dios.

III. Su Funcionamiento

Hemos visto que el cuerpo es uno, aunque está compuesto por muchos miembros, en el que la variedad está en referencia al oficio, don y función. Ahora debemos mirar al funcionamiento del cuerpo (en la asamblea local). En este aspecto, la responsabilidad sobre todo es la de la mutua dependencia. Esto se ve en el hecho de que somos *“miembros los unos de los otros”*. Se afirma en las palabras *“Que los miembros todos se preocupen los unos por los otros”*. *“Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios”* (1 Cor. 12:22). ¿Qué tristemente ha fracasado la Iglesia en manifestar esto! ¿Dónde y cómo se puede ver este fracaso?

El Miembro Monopolizador

Cuando cualquiera de las organizaciones religiosas de la cristiandad está en sesión, un miembro de la congregación es muy prominente. Puede ser llamado el pastor, el ministro, el padre, el doctor, o el superintendente, etc. Él actúa como la cabeza. Él guía toda la oración, toda la enseñanza de las Escrituras, toda la predicación, exhortación, y pastoreo del rebaño. Al actuar de este modo, prácticamente le está diciendo a la congregación *“No tengo necesidad de vosotros”*. Él hace esto aunque las Escrituras claramente advierten contra esto. Vea 1 Cor. 12:12 *“Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros”*. Podemos llamar a este pecado como de desprecio. El que hace esto usurpa la responsabilidad de los demás y se le puede llamar un monopolizador. Lo triste de esta falla es que no se está limitada a las organizaciones religiosas. Se ha deslizado y se ha manifestado entre el pueblo de Dios que lleva el digno carácter de ser llamado una asamblea de Dios. *“Diótrofes, al cual le gusta tener el primer lugar”* (3 Juan 9).

El Miembro Descontento

Otra cosa contra la que se nos advierte en relación con el funcionamiento del cuerpo es el descontento. *“Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?”* (1 Cor. 12:15). Este descontento se ve en ese miembro que, sabiendo que no está dotado para servir como un maestro, evangelista, exhortador, sobreveedor, etc., todas éstas funciones prominentes, concluye que no

tiene ningún papel que desempeñar en la vida y actividad del cuerpo. Se equivocan. Dejemos que escuchen la Escritura. *“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios”* (1 Cor. 12:7, 22, Rom. 12:4, 6; 1 Ped. 4:10; Mat. 25:14, 30). Pensar de otra manera es casi como decir que Dios ha puesto un miembro en el cuerpo que no le es necesario. La cura para este descontento se encuentra en que cada uno reconozca la voluntad y la sabiduría de Dios que *“ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso”* (1 Cor. 12:18). La cosa que cada uno debe hacer es encontrar su lugar, entonces servir y estar contentos en ello.

El Miembro sin Vida

De nuevo, alguien puede conocer su función y no estar activo en ella. La causa puede ser indolencia mental, indulgencia carnal, mundanalidad, u ocuparse de las cosas terrenales. Estas cosas son destructivas para el ejercicio piadoso. Que los tales sepan que la asamblea es la que pierde por su falla, ya que es *“por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (Ef. 4:16).

El Miembro Desordenado

Para terminar, mencionaremos otro trastorno que se ve a menudo en la asamblea. Se encuentra en la persona que, sin tener el don o gracia para actuar como maestro, predicador, exhortador, etc., actúa así. Cuando se le permite continuar, es una fuente de problemas y fricciones. Es una de las causas por la que los santos de Dios se ausentan de las reuniones. Ha sido el medio para vaciar más de un local. De hecho, algunos hacen de esto su pretexto para ir fuera de la asamblea para escuchar a predicadores denominacionales en busca de alimento. Dicen que no obtienen alimento espiritual en la asamblea. No justificamos a éstos, porque esto simplemente aumenta el trastorno. Lo que es correcto de hacer es corregir el desorden y brindar alimento al rebaño. Que los que tienen la responsabilidad en la casa de Dios para dirigirla procuren corregir este desorden, disciplinando a tal persona que sigue desarrollando una actividad para la que no está capacitado, y la cual él sabe que la asamblea desapruueba. La asamblea puede librarse de esta aflicción reprendiendo fuertemente a tal, y si es necesario, cerrar su boca (Tito 1:11, 13). Tal es la sabia disposición de Dios por el bien de Su pueblo, y el mantenimiento del orden divino en Su casa.

No hay nada más aleccionador que caminar con Dios; nada que escudriñe más la mente y la conciencia en todas las cosas que caminar delante de Él; oír, hablar y actuar con un gran propósito, esto es, agradar a Dios, y hacer Su voluntad desde el corazón.

R. C. Chapman

Sucedió en Betania, 3ª parte

Gelson Villegas

(de “La Sana Doctrina” # 311, Jan/Feb, 2011)

Ahora, en el primer escenario mencionado en Betania encontramos al Señor como Aquel que da la palabra de instrucción a los creyentes. En el segundo, como el que da vida a los muertos y, al llegar a Juan capítulo 12, lo encontramos como Aquel quien da a los suyos la oportunidad de servirle y honrarle. De modo que es tan importante lo que sucedió en Betania, según Juan capítulo 12, que de ello nos ocuparemos con algún detenimiento en las siguientes páginas.

El verso primero del capítulo 12 nos dice que “*vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro*”, lo cual nos indica que Lázaro no se fue a otro lugar para comenzar de cero su nueva vida de resucitado, sino que se quedó en el lugar donde era tan conocido, como un testimonio viviente y actuante del poder del Señor. También, el Espíritu Santo ha creído conveniente puntualizar que el Lázaro mencionado era uno muy específico (seguramente había unos cuantos hombres en Betania que llevaban ese nombre). Se trataba, pues, de “*Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos*”. Sin duda, nos encontramos nuevamente con la verdad de que cada salvado lleva indeleblemente personalizada la evidencia del poder salvador y transformador del Señor.

“*Y le hicieron allí una cena*” (12:2) es una referencia algo inusual, pues es desde el lado divino donde se invita al pecador a saciarse del gran banquete de Dios. Sin embargo, no podemos olvidar que también Leví (Mateo) el publicano “*le hizo gran banquete en su casa*”, según Lucas 5:29. Indudablemente, hay en todo esto una muestra de aprecio y de profunda gratitud hacia Aquel que ha saciado nuestras almas. A la vez, notamos la solemne verdad de que el Cristo es saciado en sus afectos en el banquete de amor y gratitud que los suyos le tributan. Tal vez esa sea la cara verdad que encontramos en la carta a los Efesios, pero en un sentido corporativo, cuando leemos que el “cuerpo” (la iglesia) es “*la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*”,

(Ef. 1:23). Es la amada invitándole a Él: “*Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta*” (Cnt. 4:16), pues hay “*toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas*” por ella guardadas para agradar el corazón de su Amado, como ella lo expresa en 7:12.

El que se nos diga que en esa ocasión “*Marta servía*” (12:2), no es extraño ya a nuestros entendimientos, pues es evidente que esta creyente tenía su corazón puesto en el servicio. Lo más hermoso aquí es que ahora su servicio está directamente relacionado con el Amado Redentor (pues, recuérdese, la cena era para Él), y no en relación a los afanes del quehacer hogareño, como en una primera ocasión. El tribunal de Cristo evidenciará cuánto aprecio tiene Él aun por el más pequeño servicio que se hace por amor a su nombre.

“*Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él*” (12:2). Sí, era uno entre varios, pero distinguido entre ellos, pues de ninguno de los demás se hace referencia a sus nombres. Sin duda, los resucitados están llamados a experimentar la bendición de la mesa de su comunión y a comer los manjares de su provisión. Lázaro también podía decir: “*Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores* (lit. ‘adversarios’)”, pues por allí rondaban los principales sacerdotes rumiando malvados pensamientos contra él y contra el Señor que le resucitó.

No se nos dice que Lázaro predicaba, sino que él “*estaba sentado a la mesa...*”, y que “*gran multitud de los judíos... vinieron... para ver a Lázaro*”, y que “*a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús*” (12:9,11). No cabe duda que la vida fiel, que el testimonio santo de una vida en Cristo, es más poderoso que mil sermones de algún elocuente predicador. Ciertamente, las palabras mueven, pero los hechos arrastran.

“*Sentado a la mesa*”, creemos, no solo sugiere una posición de reposado descanso, sino un privilegiado lugar a la mesa con el Rey. En otro de los milagros de resurrección, el caso de la hija de Jairo, una vez vuelta a la vida, el Señor dijo que “*se le diese de comer*”, según Marcos 5:43. De modo que los resucitados comen, y, según nuestro entendimiento, Lázaro estaba delante de aquellos manjares desquitándose del ayuno involuntario que sufrió el tiempo durante el cual la muerte tuvo dominio sobre él. Al respecto, dudamos mucho de la salvación de personas que profesan, pero son inapetentes en cuanto a los manjares de la Palabra de Dios. Todo aquel que nace de nuevo, lo primero que hace es desear, como niño recién nacido, la leche espiritual no adulterada, según se puede leer en 1 Pedro 2:2.

El caso de Lázaro nos recuerda el de Mefi-boset, en el Antiguo Testamento (2 Sam. cap. 9). El hombre era descendiente de la familia de Saúl, enemigo de David y,

además, estaba lisiado de los pies. Sin embargo, David, por misericordia, dispuso que tal hombre comiera siempre a su mesa en Jerusalén. Si nos identificamos con Lázaro (resucitado, sentado, privilegiado y alimentado), tenemos mucho en que gloriarnos. Pero si nos asociamos con Mefiboset (descendiente del enemigo de David y, tristemente, lisiado desde su infancia), tenemos mucho para desanimarnos. Ambos casos usados equivocadamente cuando celebramos la cena del Señor, pueden afectar la calidad de la reunión y de nuestra adoración. Considerar sólo nuestros muchos privilegios puede llevarnos a la vanagloria. Tal cosa se corrige cuando miramos los méritos y las glorias de nuestro Amado Salvador y cuando recordamos que nada tenemos que no hayamos recibido de gracia. De otro lado, considerar sólo nuestros defectos y limitaciones (sin el prisma de la gracia y de la redención), dará a Satanás la terrible arma del desaliento, para llenarnos de un espíritu derrotista y de frustración.

Seguidamente, el evangelista Juan pasa a narrarnos la participación de María en aquel evento. Y, es de tal importancia la expresión devocional de esta creyente, que el Espíritu Santo ha querido darnos detalle tras detalle, cada uno de inmenso valor en sí mismo y, a la vez, cada uno como una pieza invaluable para tener la conformación total de lo que debe ser un perfecto cuadro de adoración y devoción.

El primer detalle es la cantidad de la ofrenda, pues *“María tomó una libra de perfume...”* (v. 3), algo ínfimamente muy pequeño si, por ejemplo, se compara con el compuesto de cien libras de mirra y áloes que trajo Nicodemo para la sepultura del cuerpo del crucificado (Juan 19:39). Pero, creemos firmemente, que la libra del perfume que trajo María está sujeta a la apreciación divina, según el mismo patrón que el Señor aplicó a la ofrenda de la viuda pobre. Esta, de su pobreza, echó en el arca de las ofrendas mucho más que los ricos ostentosos, pues las dos blancas representaban todo lo que ella tenía. Oh, hermano, hermana, de tu pobreza, de tu limitación, desde tus carencias adora, ofrenda, al Señor de todo corazón, y Él valora desde la óptica de su pleno conocimiento y la largura de la mano de su bondad.

Seguidamente se nos dice la especificidad de aquella ofrenda, pues con claridad se expresa que aquel perfume era de nardo. En relación a este detalle, tantas veces al celebrar la Cena del Señor, no hay mucha claridad acerca de la naturaleza de aquella reunión, pues alguien se levanta en “adoración” y sólo atina a referirse a su vida pasada y de dónde el Señor lo sacó. Otro, por increíble que parezca, aprovecha la oportunidad para lanzar alguna piedrita contra alguno y, unos cuantos, piensan que es el momento para lucir su mejor lenguaje florido, pero es sólo

una retórica vacía de devoción y contenido bíblico. Eso puede ser cualquier cosa pero, específicamente, no es adoración.

Entonces, no podía faltar, tenemos la calidad de aquel perfume: nardo, sí, pero nardo puro, sin adición de algún otro elemento que alterara tan especial pureza. Lástima que tantas veces la ofrenda de nuestra adoración esté tan saturada de orgullo o mezclada con el pensamiento de intereses que, aun cuando sean legítimos, desnaturalizan o ponen mácula a una verdadera devoción. Más de esto, es decir, tener y alimentar pensamientos impuros cuando los santos celebran la Cena del Señor, es un pecado que lleva a beber y comer juicio, pues tan impura mezcla no permite discernir el cuerpo del Señor.

(Continuará)

El Creyente Modelo en la Casa de Dios

Richard Jeffrey
(AT May/Jun 1980)

“Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Tim. 3:14,15)

Esas dos cartas que fueron escritas por Pablo a su *“verdadero hijo en la fe”*, Timoteo, enfatizan la importancia de ser un miembro de la casa de Dios, y lo que se espera de alguien que afirma tal afiliación.

“Sé un ejemplo [modelo, JND] de los creyentes”, 1 Tim. 4:12, es la exhortación, y a continuación siguen los detalles que, en la práctica, son las características de un creyente modelo en la casa de Dios. No sólo fueron para la guía de Timoteo que Pablo dio estas instrucciones, sino para los *“hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”* (2 Tim. 2:2).

Como la iglesia de Dios es el tema predominante en el Nuevo Testamento, sería verdaderamente extraño si Dios no hubiera dado ninguna palabra en cuanto al comportamiento de los miembros de ella, y si no hubiera ninguna palabra de orientación dada a nosotros, y si los dentro de la casa se comportaran como quisieran, el resultado sería el desorden, tanto para el desasosiego como para el deshonor del Dueño y Constructor de la casa.

La “casa de Dios” no es un sinónimo de una construcción religiosa, sino que se refiere a la *“morada de*

Dios en el Espíritu” (Ef. 2:22). Tiene que tener el carácter del mismo Dios, y Él no es “*Dios de confusión* (desorden), *sino de paz, como en todas las iglesias de los santos*” (1 Cor. 14:33). Para la paz hay que tener orden; para el orden debemos tener reglas; para las reglas debemos tener autoridad; y para tener autoridad debemos tener supremacía. Por lo tanto, donde se reconoce el Señorío de Cristo de manera práctica es que se conoce esa tranquilidad, armonía y eficacia espiritual. Los ancianos tienen la responsabilidad de instruir a la asamblea local sobre la manera apropiada de conducirse en la casa de Dios. Puede parecer tedioso a veces, y uno puede sentirse repetitivo, al poner estas cosas ante los jóvenes cuando una generación sucede a otra generación. En los tiempos antiguos, los padres en Israel debían estar bien instruidos en los caminos de Dios, para que cuando sus hijos les preguntaran, por ejemplo, sobre la Pascua, Ex. 12:26, o “*cuando te preguntare tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?*” (Deut. 6:20); o “*¿qué significan estas piedras?*” (Jos. 4:6, 21), los padres no debían ser evasivos, sino que lo “*declararéis a vuestros hijos*” (Jos. 4:22).

A veces es difícil conseguir que los cristianos más jóvenes acepten la descripción bíblica de la iglesia de Dios, con sus mentes a menudo empañadas por la imagen eclesiástica común para la persona promedio. Los siervos de Cristo deben declarar y reafirmar las verdades en relación con la iglesia, incluso si sienten que los santos ya saben estas cosas.

La transmisión de “estas cosas” no era sólo para Timoteo en su tiempo, sino para los que mantendrían una continuidad del testimonio por los siglos, y en la bondad de Dios están todavía con nosotros aquellos que “*persiste... en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido*” (2 Tim. 3:14).

No es casualidad que estas cosas fueron dirigidas principalmente a un hombre joven que no debía dejar que nadie lo tuviera en poco a causa de su juventud, aunque se le dijo que mostrara respeto a los ancianos, como es el comportamiento apropiado en una casa bien ordenada (1 Tim. 5:1)

Por mucho que los jóvenes deban ser amados y ayudados, no se les debe permitir llevar la casa como ellos quieren, sino someterse a los ancianos, como dice Pedro, escuchando sus consejos, pero no dar consejo a los ancianos “*Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros*” (1 Ped. 5:5). En tal atmósfera de sujeción de unos a otros las disputas serían casi desconocidas. La mundana expresión sin sentido de la “auto-expresión” no debe animar a los cristianos. Más bien

busquemos mostrarnos dentro de la casa de Dios como lo hizo el bendito Salvador, que se caracterizó por Su andar manso y humilde, y obediencia gozosa a la voluntad de Su Padre.

Las hermanas tienen un lugar especial en la casa de Dios, aunque no es el lugar público. Cuando Pablo escribe sobre la oración en la casa de Dios, por ejemplo, son los hombres los que se participan en esto audiblemente (1 Tim. 2:8). Las hermanas, en respuesta a la orden divina, estarán contentas de permanecer “en silencio”. Hay algunas lecciones saludables para nosotros en esto, especialmente en el ambiente del mundo que nos rodea, donde la consigna es la “igualdad”. No dejamos a un lado la orden de Dios sin resultados desastrosos, resultados que podemos ver todo a nuestro alrededor.

El ministerio de las hermanas se ejerce con la tranquila dignidad característica de la verdadera piedad. El espíritu del “mundo inquieto que pelea por debajo” puede encontrar su camino muy fácilmente en la asamblea, y algunos pueden clamar por un lugar que Dios no les ha asignado, con el consiguiente descontento y la agitación que perturba la feliz comunión de los santos.

¡No se sugiere en ninguna parte del Nuevo Testamento que lo que los escritores inspirados por el Espíritu nos han dado, alguna vez necesite ser actualizado, editado o corregido! Hemos sido advertidos que los hombres alterarían la Palabra de Dios, y que en su lugar se volverían a las fábulas (2 Tim. 4:3-4), pero debemos guardar lo que se nos ha entregado, y dejemos que sea nuestra guía en todos los asuntos que afectan a nuestra conducta en la casa de Dios en el entorno de la asamblea local.

La presente avalancha de versiones de la Santa Biblia ha sido instrumento para causar una gran confusión, con el resultado de que muchos creyentes jóvenes son incapaces de citar un texto correctamente, por no hablar de memorizar una parte favorita. Esto es de lamentar.

Vamos a escuchar con buena atención las palabras de despedida del apóstol a los ancianos de Éfeso: “*Os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados*” (Hechos 20:32). Es la aplicación de la palabra de Dios en nuestras vidas lo que santifica (Juan 17:17), y la santificación es santidad práctica que, dice el salmista, “*conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre*” (Salmo 93:5).